

Rivarola, Enrique E .
Ritmos

ENRIQUE E. RIVAROLA

Ritmos

A UN BUQUE ABANDONADO
DESPEDIDA. — LA BARCA PESCADORA
A UNA ESTRELLA
EN EL DIA DE DIFUNTOS



BUENOS AIRES
IMPRENTA Y CASA EDITORA DE CONI HERMANOS
684 — CALLE DEL PERÚ — 684

1901

Ritmos

Sr. Dr. Francisco A Berra.
Su afmo

ENRIQUE E. RIVAROLA

Marzo 1°. 1901.

Ritmos

A UN BUQUE ABANDONADO
DESPEDIDA. — LA BARCA PESCADORA
A UNA ESTRELLA
EN EL DIA DE DIFUNTOS



BUENOS AIRES
IMPRENTA Y CASA EDITORA DE CONI HERMANOS
684 — CALLE DEL PERÚ — 684

1901

I

A UN BUQUE ABANDONADO

¿ Por qué te cantan, al pasar, las olas,
bajel gallardo que la mar cruzaste,
sueltas las velas, cual si abrieses blancas
alas al viento ?

¿ Por qué te cantan, al pasar, las brisas
dulces endechas, y la queja suena
en tu cordaje, con el triste acento
de arpas lejanas ?

¿ Por qué en la noche rumurosas voces
brotar parecen de tu casco, y suben

en himno hermoso hasta el azul sereno
de las estrellas ?

Te miro ahí, desmantelado, abiertas
de enormes bocas tus esbeltas formas,
roto el bauprés, la arboladura rota,
abandonado ;

Y rememora el pensamiento mío
el día aquel en que por vez primera,
proa á la mar y levantando espumas
dejaste el puerto.

Y pienso cuánto venturoso augurio
siguió tu marcha ; cuánto adiós sentido
desde la playa, en despedida tierna,
movió el pañuelo.

Y hoy en las costas de una tierra extraña,
sin gentes, sin bandera, sin velamen,
volcado, roto, — resto de un naufragio
eres apenas.

Así la vida : en los primeros años
se lanza al mundo, la ilusión la empuja ;
votos, promesas, esperanzas, todo
lleva consigo.

Luego el dolor del corazón golpea,
mata el aliento, la ilusión destruye,
y la gallarda nave muere en playa
desconocida.

1896.

II

DESPEDIDA

Olas del patrio río,
vosotras, olas que alentáis un alma,
que ora canta, ora gime, ora suspira,
ya ruje ; olas capaces
de expresar en murmullos misteriosos
la íntima voz de la conciencia humana,
la vibración más honda
de los humanos pechos ;
olas del patrio río ¡ levantaos !
y en torno de las naves brasileñas
lanzad vuestras ondinas,
y sean vuestros himnos el postrero
saludo de las playas argentinas.

Cantadles cómo en vuestro cauce vuelcan
dos grandes ríos caudalosas aguas
y cuna dan al Plata gigantesco ;
y que así, dos colosos, dos naciones,
van al encuentro, rompen las fronteras,
funden en patrio amor los corazones,
y en una misma gloria sus banderas !

Octubre 31 de 1900.

III

LA BARCA PESCADORA

Al golpe del remo chilla,
cruje al impulso del viento,
y alza la proa y la quilla,
cabeceando por la orilla,
sobre el río en movimiento.

La lluvia y el sol tiñeron
su vieja vela latina,
y tantos zarpazos fueron
los que los años le dieron,
que es el trapo todo ruina.

Aun conserva sus pasadas
bravuras, su gallardía,
cuando hace sus escapadas
entre las brumas rosadas
que suelta, al nacer, el dia.

Y en las tardes silenciosas,
si las aguas son espejos
de las nubes vagarosas,
y parecen mariposas
los trapos, vistos de lejos ;

Por rayos del sol dorada,
deteniéndose en su vuelo,
es la vela, en alto izada,
atrevida pincelada
puesta en el fondo del cielo!

1897.

IV

A UNA ESTRELLA

En el Oriente, por las etéreas
sombras del cielo, como una lámpara
que alumbra un camino desierto,
al mundo asomas, fúlgida estrella.

Y silenciosa vas por los ámbitos
del infinito, viajera lánguida
que pone su pie cauteloso
en las celestes inmensidades.

Rasga sus velos la inmensa bóveda ;
pasa tu lumbre, brillante, rápida ;

y espías el mundo, rendido
como el obrero por la fatiga.

Luego, en las sombras, ves destacándose, —
colgante nido, — el balcón gótico
do sueñan Romeo y Julieta,
dadas las manos, juntos los labios.

Y de los besos, celeste música,
suben los ruidos, como los pájaros
que sienten el ansia del vuelo
y van en busca de luz eterna.

Oyes promesas sin fin y cánticos
en las palabras que el labio trémulo
pronuncia, rompiendo el silencio
que impone al mundo la noche quieta.

Y te sonríes de las fantásticas
dulces quimeras del hombre crédulo,
y piensas, tal vez compasiva,
que todo pasa, que todo muere.

¡ Cándida estrella ! tú sola fúlgida
vida perenne tendrás y plácida,
y reina serás en la noche,
con tu cortejo de nebulosas.

Mientras del mundo, sobre las ásperas
sendas que llevan al triste término,
las rosas se doblan temprano,
y en el perfume la vida exhalan.

1896.

V

EN EL DIA DE DIFUNTOS

¿ Quién habrá feliz que bajo el mármol
ó el bronce de suntuoso mausoleo,
ó bajo el hierro de una cruz sencilla,
ó de silvestres yerbas á la sombra,
no guarde, con dolor ó con tristeza,
algo del corazón ? ¿ Dónde está el hombre,
dónde está la mujer, que no sintieron
los golpes de la Muerte ; que los labios,
sobre la frente helada de un cadáver
no hayan puesto una vez ; que un mar de lágrimas
no hayan volcado, de enlutada sala
en obscuro rincón ; que al cementerio

no hayan entrado, comprimido el pecho,
á llamar á los suyos ? ¿ á llevarles
rosas fragantes, nardos, siemprevivas ?
¿ á estar con ellos, en visita muda ?
¿ á orar ? ¿ á meditar ? ¿ á amar tan sólo ?

Con cauteloso andar, ó por sorpresa,
en todas partes penetró la Muerte.
Echó mano á los niños — ¡ pobres niños !
los niños inocentes, la alegría
de los humildes, la sin par riqueza
de los pobres. De brazos de las madres
los arrancó, sin que el dolor supremo,
las supremas angustias, y las súplicas,
y el llanto, y la aflicción, la contuvieran.

En todas partes penetró la Muerte,
y al herir, al segar, no la detuvo
de la madre el amor y el sacrificio,
ni la virtud del padre, — ni el espanto
del huérfano que ve sin luz los ojos
que fueron sol de venturosos días,
y mudo el labio que arrulló la cuna

con tiernos cantos y calientes besos;
fría la mano pródiga en caricias,
y el pecho sin latir que en todo tiempo
viva la llama del hogar mantuvo.

Por el sendero triste que conduce
al sepulcro, mis muertos he llevado.
Yo sé lo que es dolor. Aquí la herida
abierta siento, y sangre, gota á gota,
caer deja en el áspero camino.

Los días se suceden, y los años,
y todo en torno nuestro se renueva:
mas ¿dónde están los que perdí en el mundo?
¿Puedo acaso esperar que los cerrados
párpados se abrirán, que los callados
labios, al soplo de la vida, vuelvan
á moverse, á llamarme?... ¡Vano ensueño!

Hoy es el día de los muertos. Pienso
que deben esperarme; — y el profano
bullicio mundanal temor me inspira.
Prefiero que mis pasos acompañe

el Silencio, en las horas del crepúsculo,
cuando, pronto á caer, el sol refleja
sus rayos en el viejo campanario
de la iglesia, y si acaso un caminante
encuentro al paso, en las estrechas calles
del cementerio, es otro desdichado
que va con su dolor, buscando el sitio
que ha de regar con lágrimas y flores.

Noviembre 2 de 1898.

